

La Italia del "desencanto"

CADA vez más se dibuja en Italia la perspectiva de una disolución de la Asamblea y una convocatoria de elecciones generales; cada vez más se cree que los resultados de esas elecciones conducirán a una situación parecida a la actual. Es decir, a una falta de salida. La explicación es simple: hay dos partidos de fuerza electoral equivalente; uno de ellos es la Democracia Cristiana, desgastada por el largo poder, decaída, enferma de escándalos y corrupciones, a la que se culpa de todo el inmovilismo; y el otro es el Partido Comunista, que, a pesar de sus condiciones de transformismo, no tiene oportunidades de que se le confíe el poder. No representa una alternativa. La solución de que los dos partidos gobiernen juntos no sólo está prohibida por los poderes reales que pesan sobre Italia; ni siquiera está inscrita en el pensamiento de la Democracia Cristiana. Por otra parte, sería una enormidad: un país no puede estar gobernado por conceptos diametralmente opuestos de vida y sociedad.

El tercero en discordia es el Partido Socialista. Su condición minoritaria sólo le permite gobernar por alianza. Como es imposible una alianza de frente popular con el Partido Comunista —las prohibiciones son todavía más estrictas—, no le queda más recurso que gobernar con la Democracia Cristiana. Lo cual es algo ya repetido muchas veces; algo que ha costado su fisonomía al Partido Socialista y que ha conducido al mismo inmovilismo político actual.

La esperanza que tienen socialistas, democristianos y algunos partidos ajenos al Comunista es la de que las elecciones no fueran tan iguales a las anteriores: que el Partido Comunista perdiera votos. Basan sus esperanzas en que el Partido Comunista no ha satisfecho a sus electores por sus pactos con el Gobierno, o se han alejado de él por la sensación del "voto inútil". El Partido Comunista cabecea entre el eurocomunismo que le hace perder mordiente y el comunismo a secas —más próximo a la URSS— que le hace aumentar las prohibiciones. El Partido Socialista confía en que las elecciones europeas para el Parlamento de Estrasburgo van a dar una mayoría continental al socialismo, lo cual se reflejaría en las elecciones italianas.

Un socialismo prestigiado frente a un comunismo en el que el reflejo internacional es fatídico. Pero el socialismo del Sur no tiene la misma suerte que el del Norte: la caída de Soares en Portugal, la pérdida del poder del socialismo español en las recientes elecciones, puede considerarlos como síntomas de los que, en realidad, es precursor: el gran socialismo italiano fue el primero en perder peso. La Democracia Cristiana, en cambio, ve los centrismos europeos progresar. Cree que unas elecciones generales en las que pudiera presentarse como capaz de gobernar sola y

de una manera moderna, a lo Suárez o a lo Giscard, podrían tener un flujo de votos interesante, sobre todo después, también, de las elecciones europeas.

Son, posiblemente, ilusiones vanas. Los observadores italianos están viendo dos procesos de cambio espontáneos: uno, el crecimiento de los sectores privados en lo que debía ser público, una sustitución de lo civil sobre lo estatal; la sociedad se sale de las normas que nadie tiene el valor de hacer cumplir. Otro, el proceso sindical, que tiende a separar de los partidos las centrales sindicales, y tiende también a una



Enrico Berlinguer.

imposición de las necesidades de la base sobre las consignas de las direcciones. Esto sucede cuando la democracia no funciona, cuando el país legal no acoge, no representa al país legal. Las próximas elecciones, que parecen inevitables, pueden significar, también en Italia, un record de la abstención. ■



Hassan II.

PARECE que Argelia, con el nombramiento de un nuevo Gobierno —primer ministro y ministro del Interior, Abdelghani; ministro de Asuntos Exteriores, en sustitución del que parecía eterno Buteflika, Benyahia—, ha recuperado bien el equilibrio tras la muerte de Bumedian; pareció haberse perdido en los primeros momentos. La inquietud marroquí, las nuevas amenazas de Hassan II y hasta su proclamada intención de perseguir a los saharauis dentro del territorio argelino revelan, más claramente que nada, que Argelia ha conservado los principios de la revolución, la esencia de su socialismo autogestionario, y por ahora su distanciamiento de Occidente.

Todo este equipo de personalidades, de gentes de larga experiencia en los asuntos del partido único —el FLN—, del Gobierno y del Ejército, siguen encontrándose con el mismo desafío del equipo anterior: unas condiciones de vida difíciles, un enfrentamiento entre los deseos de mejora del nivel de vida y la austeridad revo-

Argelia, sólida; Marruecos, débil

lucionaria; una demografía que crece incesantemente, una agricultura que a pesar de todos los planes quinquenales y de las aportaciones soviéticas no prospera. Y el tema sahariano, que puede conducir a una nueva guerra con Marruecos. Todas las soluciones que vayan a abordarse estarán, en principio, dentro de la línea anterior. Abdelghani fue uno de los autores del golpe de Bumedian; ministro del Interior, suya ha sido y suya es la Policía Política, la represión de las tendencias contrarrevolucionarias, el mantenimiento del orden. Benyahia ha sido embajador en la Unión Soviética durante dos años; cuando se produjo el golpe de Bumedian contra Ben Bella, fue enviado de nuevo a Moscú, dadas sus amplias y profundas relaciones, para explicar a los soviéticos el cambio de situación y asegurarles que la amistad entre los dos países no iba a disminuir, sino a acrecentarse: así ha sido. Su nombramiento para ministro de Asuntos Exteriores en lugar de Buteflika, tachado de occidentalista —y candidato, ahora, a la sucesión de Waldheim en la secretaría general de las Naciones Unidas—, habrá llenado de satisfacción a Brejnev.

¿Puede este Gobierno ser desafiado por un conflicto mayor? La guerra con Marruecos es siempre posible. Lo es ahora un poco más. Hassan II está pasando un mal momento. El renaci-

miento del islamismo aumenta las críticas populares; la acogida que ha dado al Sha en la Corte ha sido vivamente censurada por todos, y se ha considerado como un error político de primera magnitud. Las circunstancias militares en el Sahara le son adversas. Y, además, se rumorea que tiene una grave enfermedad. Estos rumores se vienen difundiendo hace años; se insiste ahora en que ha llegado a una situación de salud crítica. Los Estados Unidos, si consideramos los últimos movimientos de las relaciones entre los dos países, podrían estarle abandonando. El tema de unidad, dentro de un Parlamento donde la oposición no existe —la izquierda marroquí lleva años faltando a sus deberes históricos: desde que fue diezmada por las purgas, los fusilamientos, los asesinatos—, es el del enfrentamiento con Argelia. Se trata ahora de la creación de un Consejo Nacional de Defensa, con miembros de todos los partidos políticos: sería éste el responsable de las operaciones militares en el Sahara, y en un momento dado, del ataque directo a Argelia. Probablemente los Estados Unidos harán ahora, algunas presiones para impedir esta guerra. Podría acabar con el régimen de Marruecos, y con un Ejército diezmado por los sucesivos fusilamientos de generales y coroneles, en tiempos de Ufki y en los posteriores. ■